

mismo hubiera formado su ruina, porque no se hubiera apartado nunca de aquella atropellada conducta a que su genio le inclinaba⁷³⁸.

Concluyo, pues, que, si la fortuna varía, y los príncipes permanecen obstinados en su modo natural de obrar, serán felices, a la verdad, mientras que semejante conducta vaya acorde con la fortuna; pero serán desgraciados, desde que sus habituales proceder se hallan discordantes con ella. Pesándolo todo bien, sin embargo, creo juzgar sanamente diciendo que vale más ser impetuoso que circunspecto⁷³⁹, porque la fortuna es mujer, y es necesario, por esto mismo, cuando queremos tenerla sumisa, zurrarla y zaherirla. Se ve, en efecto, que se deja vencer más bien de los que le tratan así, que de los que proceden tibiamente con ella. Por otra parte, como mujer, es amiga siempre de los jóvenes⁷⁴⁰, porque son menos circunspectos, más iracundos y le mandan con más atrevimiento.

Capítulo XXVI

Exhortación a librar la Italia de los bárbaros⁷⁴¹

Después de haber meditado sobre cuántas cosas acaban de exponerse, me he preguntado a mí mismo si, ahora en Italia, hay circunstancias tales que un príncipe nuevo pueda adquirir en ella más gloria, y si se halla en la misma cuanto es menester para proporcionar al que la Naturaleza hubiera dotado de un gran valor y de una prudencia nada común, la ocasión de introducir aquí una nueva forma que, honrándole a él mismo, hiciera la felicidad de todos los italianos⁷⁴². La conclusión de mis reflexiones sobre esta materia es que tantas cosas me parecen concurrir en Italia al beneficio de un príncipe nuevo, que no sé si habrá nunca un tiempo más proporcionado para esta empresa⁷⁴³.

Si, como lo he dicho, era necesario que el pueblo de Israel estuviera esclavo en Egipto, para que el valor de Moisés tuviera la ocasión de manifestarse; que los persas se viesan oprimidos por los medos, para que conociéramos la grandeza de Ciro; que los atenienses estuviesen dispersos, para que Teseo pudiera dar a conocer su superioridad; del mismo modo, para que estuviéramos hoy día en el caso de apreciar todo el valor de un alma italiana, era menester que la Italia se hallara traída al miserable punto en que está ahora; que ella fuera más esclava que lo eran los hebreos, más sujeta que los persas, más dispersa que los atenienses. Era menester que, sin jefe ni estatutos, hubiera sido vencida, despojada, despedazada, conquistada y asolada; en una palabra, que ella hubiera padecido ruinas de todas las especies⁷⁴⁴.

Aunque en los tiempos corridos hasta este día, se haya echado de ver en éste o aquel hombre algún indicio de inspiración que podía hacerle creer destinado por Dios para la redención de la Italia⁷⁴⁵, se vio, sin embargo, después que le reprobaba en sus más sublimes acciones la fortuna, de modo que permaneciendo sin vida la Italia, aguarda todavía a un salvador que la cure de sus heridas, ponga fin a los destrozos y saqueos de la Lombardía, a los pillajes y matanzas del reino de Nápoles; a un hombre, en fin, que cure a la Italia de llagas inveteradas tanto tiempo hace⁷⁴⁶. Vémosla rogando a Dios que le envíe alguno que le redima de las crueldades y ultrajes que le hicieron los bárbaros⁷⁴⁷. Por más abatida que ella está, la vemos con disposiciones de seguir una bandera, si hay alguno que la enarbole y la despliegue; pero en los actuales tiempos no vemos en quién podría poner ella sus esperanzas, si no es en vuestra muy ilustre casa⁷⁴⁸. Vuestra familia, que su valor y fortuna elevaron a los favores de

Dios y de la Iglesia, a la que ella dio su príncipe, es la única que pueda comprender nuestra redención⁷⁴⁹. Esto no os será muy dificultoso, si tenéis presentes en el ánimo las acciones y vida de los príncipes insignes que he nombrado⁷⁵⁰. Aunque los hombres de este temple hayan sido raros y maravillosos⁷⁵¹, no por ello fueron menos hombres⁷⁵², y ninguno de ellos tuvo una tan bella ocasión como la del tiempo presente. Sus empresas no fueron más justas ni fáciles que ésta, y Dios no les fue más propicio que lo es a vuestra causa. Aquí hay una sobresaliente justicia; porque una guerra es legítima por el solo hecho de ser necesaria, y las guerras son actos de humanidad, cuando no hay ya esperanzas más que en ellas. Aquí son grandísimas las disposiciones de los pueblos, y no puede haber mucha dificultad en ello⁷⁵³ cuando son grandes las disposiciones, con tal que éstas abracen algunas de las instituciones de los que os he propuesto por modelos.

Prescindiendo de estos socorros, veis aquí sucesos extraordinarios y sin ejemplo, que se dirigen patentemente por Dios mismo. El mar se abrió; una nube os mostró el camino; la peña abasteció de agua; aquí ha caído del cielo el maná⁷⁵⁴. todo concurre al acrecentamiento de vuestra grandeza; lo demás debe ser obra vuestra⁷⁵⁵. Dios no quiere hacerlo todo, para privaros del uso de nuestro libre albedrío y quitarnos una parte de la gloria que de ello nos redundará⁷⁵⁶.

No es una maravilla que hasta ahora ninguno de cuantos italianos he citado, haya sido capaz de hacer lo que puede esperarse de vuestra esclarecida casa. Si en las numerosas revoluciones de la Italia, y en tantas maniobras guerreras, pareció siempre que se había extinguido la antigua virtud militar de los italianos, provenía esto de que sus instituciones no eran buenas, y que no había ninguno que supiera inventar otras nuevas⁷⁵⁷. Ninguna cosa hace tanto honor a un hombre recientemente elevado, como las nuevas leyes, las nuevas instituciones imaginadas por él⁷⁵⁸. Cuando están formadas sobre buenos fundamentos, y tienen alguna grandeza en sí mismas, le hacen digno de respeto y admiración⁷⁵⁹.

Ahora bien, no falta en Italia cosa ninguna de lo que es necesario para introducir en ella formas de toda especie⁷⁶⁰. Vemos en ella un gran valor, que aun cuando carecieran de él los jefes, quedaría muy eminente en los miembros. ¡Véase cómo en los desafíos y combates de un corto número, los italianos se muestran superiores en fuerza, destreza e ingenio!⁷⁶¹ Si ellos no se manifiestan tales en los ejércitos, la debilidad de sus jefes es la única causa de ello; porque los que la conocen no quieren obedecer, y cada uno cree conocerla. No hubo, en efecto, hasta este día, ningún sujeto que se hiciera bastante eminente por su valor y fortuna, para que los otros se sometiesen a él⁷⁶². De esto nace que, durante un tan largo transcurso de tiempo, y en un tan crecido número de guerras, hechas durante los veinte últimos años, cuando se tuvo un ejército enteramente italiano⁷⁶³ se desgració él siempre como se vio a los primeros en Faro y sucesivamente después en Alejandría, Capua, Génova, Vaila, Bolonia y Mestri.

Si, pues, vuestra ilustre casa quiere imitar a los varones insignes que libraron sus provincias, es menester ante todas cosas (porque esto es el fundamento real de cada empresa), proveeros de ejércitos que sean vuestros únicamente; porque no puede tener uno soldados más fieles, verdaderos ni mejores que los suyos propios. Y aunque cada uno de ellos en particular sea bueno, todos juntos serán mejores cuando se vean mandados, honrados y mantenidos por su príncipe⁷⁶⁴. Conviene, pues, proporcionarse semejantes ejércitos, a fin de poder de defenderse de los extranjeros con un valor enteramente italiano⁷⁶⁵.

Aunque las infanterías suiza y española se miran como terribles, tienen, sin embargo, una y otra un gran defecto, a causa del cual una tercera clase de tropas podría no solamente

resistirles, sino también tener la confianza de vencerlas⁷⁶⁶. Los españoles no pueden sostener los asaltos de la caballería, y los suizos deben tener miedo a la infantería, cuando ellos se encuentran con una que pelea con tanta obstinación como ellos. Por esto se vio y se verá, por experiencia, que los españoles pueden resistir contra los esfuerzos de una caballería francesa, y que una infantería española abrumba a los suizos⁷⁶⁷. Aunque no se ha hecho por entero la prueba de esta última verdad, se vio, sin embargo, algo en la batalla de Ravena, cuando la infantería española llegó a las manos con las tropas alemanas, que observaban el mismo método que los suizos, mientras que habiendo penetrado entre las picas de los alemanes, los españoles, ágiles de cuerpo y defendidos con sus brazales, se hallaban en seguridad para sacudirlos, sin que ellos tuviesen medio de defenderse. Si no los hubiera embestido la caballería, hubieran destruido ellos a todos.

Se puede, pues, después de haber reconocido el defecto de ambas infanterías, imaginar una nueva que resista a la caballería y no tenga miedo de los infantes; lo que se logrará, no de esta o aquella nación de combatientes, sino mudando el modo de combatir⁷⁶⁸. Son éstas aquellas invenciones que, tanto por su novedad como por sus beneficios, dan reputación y proporcionan grandeza a un príncipe nuevo⁷⁶⁹.

No es menester, pues, dejar pasar la ocasión del tiempo presente sin que la Italia, después de tantos años de expectación, vea por último aparecer a su redentor⁷⁷⁰.

No puedo expresar con qué amor sería recibido en todas estas provincias que sufrieron tanto con la inundación de los extranjeros. ¡Con qué sed de venganza, con qué inalterable fidelidad, con qué piedad y lágrimas sería acogido y seguido! ¡Ah! ¿Qué puertas podrían cerrársele? ¿Qué pueblos podrían negarle la obediencia? ¿Qué celos podrían manifestarse contra él? ¿Cuál sería aquel italiano que pudiera no reverenciarle como a príncipe suyo, pues tan repugnante le es a cada uno de ellos esta bárbara dominación del extranjero?⁷⁷¹ Que vuestra ilustre casa abrace el proyecto de su restauración con todo el valor y confianza que las empresas legítimas infunden; últimamente, que bajo vuestra bandera se ennoblezca nuestra patria⁷⁷², y que bajo vuestros auspicios se verifique, finalmente, aquella predicción de Petrarca: *El valor tomará las armas contra el furor; y el combate no será largo, porque la antigua valentía no está extinguida todavía en el corazón de los italianos*⁷⁷³.